



Mapp y Lucía



E. F. Benson

Traducción del inglés y prólogo a cargo de
José C. Vales



IMPEDIMENTA



*Afectuosamente dedicado
al marqués de Carisbrooke.¹*

1. Alexander Mountbatten de Battenberg (1886–1960), amigo personal del autor, a quien también dedicó otras novelas de la serie de Mapp y Lucía.



Aunque ya hacía casi un año de la muerte de su marido, Emmeline Lucas (universalmente conocida entre sus amigos como Lucía) todavía llevaba el luto más riguroso e inflexible. La verdad es que el negro le sentaba maravillosamente, pero eso no tenía nada que ver con que continuara utilizándolo, se dijera lo que se dijera. Pepino y ella habían sido una pareja muy unida y enamorada durante más de veinticinco años, y el dolor de Lucía por la pérdida de su marido era sincero: lo echaba de menos constante y profundamente. Pero unos meses atrás, ella, que tenía una personalidad tan vital y activa, había sentido el natural deseo de sumergirse de nuevo en todas aquellas apasionantes peripecias que solían convertir la vida en el pueblo isabelino de Rischolme en una aventura tan emocionante, aunque todavía no había decidido dar el paso definitivo que en el fondo tanto anhelaba. Aunque no había hecho verdadera ostentación de las prendas del dolor, tal vez sí las había hecho ostensibles, aunque desde luego muy levemente.

Por ejemplo. Estaba el asunto de la librería de la plaza, *Ye Signe Of Ye Daffodille*, bajo cuyo sello Pepino había publicado

su edición limitadísima de sus *Poemas fugitivos* y sus *Pensieri Persi*.² Durante seis largos meses tras la muerte de su esposo, Lucía había pasado una y otra vez por delante del escaparate acompañado de su inseparable Georgie Pillson, y había visto allí expuesto un libro que le habría gustado adquirir. Pero junto a ese libro, en la misma estantería, estaba el fino volumen de los *Pensieri Persi* de Pepino. Así que, francamente, había resultado bastante llamativo por su parte titubear ostensiblemente apoyada en el quicio del establecimiento y, con ojos que hacían todos los esfuerzos posibles por llorar, haberle dicho a Georgie:

—¡No tengo valor para entrar, Georgie, querido! Es una debilidad por mi parte, lo sé, pero aun así... ¿Te importaría entrar un momento, *caro*, y pedirles que me envíen a casa ese ejemplar de *Los días de infancia de Beethoven*? Yo seguiré paseando mientras tanto...

Así que Georgie le había apretado la mano y le había hecho el recado, y, por supuesto, les había contado a los demás del pueblo aquel pequeño incidente tan cargado de patetismo. Se le habían añadido algunos adornos de buen gusto y todo Riseholme no tardó en saber que la pobre Lucía había entrado en Ye Signe Of Ye Daffodille para comprar un libro sobre la infancia de Beethoven y se había visto tan dolorosamente afectada por la visión de los poemas de Pepino, con su rugosa cubierta marrón, con su cinta verde oscura enlazándolos, que prácticamente se había desmayado (aunque, la verdad sea dicha, tenía a la vista aquel mismo libro en su propia casa a todas horas).

Del mismo modo, aún no le había sido posible animarse a disputar un partido de golf, o a volver a sus lecciones sobre

2. *Pensamientos perdidos*, en italiano. La librería Ye Signe Of Ye Daffodille es un establecimiento clásico de Riseholme; el nombre, artificioosamente anticuado, significa «El emblema del narciso».

Dante, y, así, habiendo dado la impresión de que su vida había quedado hecha añicos, le había resultado difícil decidir que comenzaría a recomponerla de nuevo el martes o el miércoles siguiente. En consecuencia, había permanecido hecha añicos como hasta entonces. Como mujer sensata que era, vigilaba meticulosamente su salud física, y puesto que la ostentación del luto le hacía imposible lanzarse a jugar al golf o entregarse a enérgicas caminatas, encargó que le trajeran un pequeño librito muy instructivo, titulado *Sistema ideal de calistenia para los que ya no son muy jóvenes*, y en un rincón apartado de su jardín se exponía en la medida de lo decente a la vigorizante acción del sol, cuando lo había, tras lo cual realizaba largas sesiones de comba, y doblaba, sacudía y balanceaba su tronco, graciosa y vigorosamente, de acuerdo con las instrucciones del libro. El resultado fue enteramente satisfactorio para ella, y en las profundidades más profundas de su mente concibió la posibilidad de que alguna vez pudiera impartir clases de calistenia a aquellas damas de Riseholme que ya no eran jovencitas precisamente.

Y luego estaba la gran cuestión de la fiesta isabelina que iba a tener lugar en el mes de agosto siguiente, cuando Riseholme se convertiría en un auténtico enjambre de turistas. La idea había sido enteramente una ocurrencia de Lucía, y ya se habían celebrado varias reuniones del comité de festejos (del cual, naturalmente, ella era la presidenta) antes de que Pepino falleciera. Lucía había planeado al milímetro la gran representación que tendría lugar: consistiría en la visita de la reina Isabel al navío *Golden Hind* cuando, tras la circunnavegación completa al mundo de Francis Drake, Su Majestad acudió a cenar con él a bordo de su barco en Deptford y de paso le concedió el título de *sir*. El *Golden Hind* estaría amarrado en el estanque de la plaza del pueblo; o, más precisamente, se montaría en

ese mismo lugar una plataforma sobre unos pilotes, para que aquello tuviera la apariencia de la cubierta de un barco, con mástiles y un timón y todo, y cañones, y dos bordas, y estandartes, y antigüedades, eso que no faltase, muchas antigüedades. El estanque constituiría un escenario admirable, puesto que se dispondrían a su alrededor largas hileras de bancadas, y todo el mundo podría ver la representación maravillosamente. Se había previsto que el desfile de la reina, con las trompetas y los caballeros armados de punta en blanco y las damas de la corte, saliera de The Hurst, que era la casa de Lucía, y que realizara su deslumbrante y sonoro periplo por la plaza hasta llegar a Deptford, al son de madrigales y marchas medievales. Lucía encarnaría a la reina; Pepino iría tras ella como Raleigh,³ y Georgie haría de Francis Drake. Pero apenas se habían planteado aquellas primeras ideas, Pepino falleció súbitamente, y Lucía se sumió entonces en una inextricable viudedad. Desde entonces, las riendas del gobierno habían caído en las morcillonas manos de Daisy Quantock, que en consecuencia, y no solo en esto, sino en todos los demás asuntos, había llegado a considerarse la Reina Absoluta de Riseholme, hasta que Lucía pudo dar un paso adelante de nuevo y le dejó las cosas claras.

Una mañana de junio (quedarían cerca de siete semanas para la fiesta) la señora Quantock descolgó el teléfono y llamó a un lugar situado apenas a cien yardas de su casa para declarar que tenía muchísimo interés en ver a Lucía, si es que esta podía dedicarle un momentito para una breve conversación. Lucía no había sabido nada últimamente de los preparativos para la fiesta; la última vez que se había mencionado en su presencia, se le había hecho un nudo en la garganta y se había

3. Walter Raleigh (c. 1552–1618), marino, político y favorito de la reina Isabel I de Inglaterra.

cubierto los ojos con la mano, vencida por el recuerdo de cuán alegremente lo había planeado todo. Pero ella era perfectamente consciente de que, para entonces, los preparativos de la fiesta debían de estar bastante avanzados, así que, tras la llamada, inmediatamente sospechó que era de aquello de lo que Daisy quería hablarle. De vez en cuando tenía premoniciones, y estaba segura de que aquella era una de esas veces. Probablemente Daisy quería dirigirle una conmovedora súplica para que, por el bien y el interés general de Riseholme, aprovechara la fiesta para abandonar su hermético luto de viuda. A Lucía aquella idea le parecía de lo más adecuada, pues para la fecha fijada para la fiesta ella ya habría guardado luto durante más de un año, y pensó que lo último que habría querido su adorado es que su esposa se sometiera a una autoinmolación estilo hindú; por otro lado, también había que tener en consideración el prestigio de Riseholme. Además, estaba rabiando por volver a su trono, y de paso deponer a Daisy de su torpe y vulgar sede, y aquella sería una ocasión excepcional. Así pues, tal y como solía hacer por aquellas fechas, primero suspiró al teléfono, dijo muy débilmente que estaría encantada de ver a su querida Daisy, y luego volvió a suspirar otra vez. Daisy, la muy estúpida, le dijo que esperaba que no hubiera cogido un resfriado, a lo que Lucía le respondió que, a ese respecto, no había nada que temer.

Lucía dedicó unos instantes a considerar si convendría que, cuando llegara, Daisy la encontrara sentada al piano, tocando la marcha fúnebre de la sonata en la bemol de Beethoven, que ahora se sabía de memoria, o si quizá sería preferible que se sentara fuera, en el jardín de Perdita, fingiendo que leía los poemas de Pepino. Se decidió por esto último, así que se puso una pamelita de paja con un lazo de *crêpe*, cogió un ejemplar de los poemas de la estantería y se

apresuró a salir al jardín. También se llevó el *Times*, puesto que no lo había leído todavía.

El jardín de Perdita requiere una sucinta explicación. Se trataba de una encantadora parcelita cuadrada situada enfrente de la fachada de The Hurst (famosa por sus vigas de madera de estilo isabelino), rodeada por setos de tejo y cruzada de parte a parte por senderillos de losetas irregulares, primorosamente acomodadas con hierba de rocalla, que conducían al reloj de sol isabelino que habían comprado en Wardour Street⁴ y que habían plantado en el centro justo del jardín. Era un lugar muy alegre en primavera, con aquellas flores (y no otras) que Perdita adoraba. Había pálidas violetas, y primaveras, y narcisos, que florecían antes de que se atrevieran a venir las golondrinas y llenaban el aire (habitualmente en abril) de bellezas y hermosuras.⁵ Pero ahora, en junio, hacía ya mucho tiempo que habían llegado las golondrinas, y la primavera y los narcisos quedaban atrás. Lucía siempre tendía a abrir un poco la mano floral en el jardín de Perdita, aunque mantuviera un aspecto estrictamente shakesperiano. En esos momentos la eglantina (rosal silvestre de Penzance) estaba en plena floración, y había madreselva y clavellinas, y el jardín estaba lleno de pensamientos pensativos,⁶ y de varias yardas de ruda (más de la normal ese año). De este modo, el jardín de Perdita lucía alegre todo el verano.

4. Wardour Street, en Londres, es una calle del Soho donde había muchas tiendas de antigüedades, pero también de mobiliario barato.
5. Se trata de una paráfrasis de un pasaje del *Cuento de invierno* (IV, iv), de Shakespeare, donde Perdita habla de los «narcisos, / que llegan antes de que se atrevan a venir las golondrinas, y llenan / los vientos de marzo con sus bellezas y hermosuras; pálidas violetas [...]». El jardín de Lucía lleva el nombre de Perdita, precisamente, por este personaje de Shakespeare.
6. En *Hamlet* (IV, v), Ofelia reparte «*pansies for thoughts*».

Así pues, aquella mañana Lucía se sentó junto al reloj de sol, toda vestida de negro, en un banco de piedra en cuyo respaldo había hecho grabar la leyenda: «Venid, vosotros, vientos del norte; y soplad vosotros, del sur, que crezcan las flores de mi jardín».⁷ Sentada allí, con los poemas de Pepino y el *Ti-me*, tapaba alrededor de un tercio de dicho texto, y la oronda y pequeña Daisy taparía el resto... Resultó bastante enojoso que las cintas que enlazaban las cubiertas de los poemas de Pepino tuvieran un nudo tan apretado. Aquello era absolutamente imposible de desatar; había planeado que Daisy llegara y la encontrara absorta, leyendo un poema de Pepino titulado *Soledad*. Pero no pudo desatar las cintas a tiempo, así que, en cuanto escuchó aproximarse a Daisy, el rostro de Lucía se transformó, abismándose en una especie de melancólica ensoñación. Se colocó a toda velocidad el libro cerrado sobre el regazo, y ensayó su famosa mirada perdida al horizonte.

Era una mañana de lo más calurosa. Daisy, como muchas mujeres de mediana edad que gozan de una perfecta salud, siempre andaba practicando algún régimen médico de naturaleza higiénica. En esos momentos, de hecho, era una esclava devota de los tratamientos depurativos. Los poros de la piel eran los elementos más importantes del tratamiento y, tras su sesión de contorsiones físicas junto a la ventana abierta de su dormitorio, se había tirado un par de horas trotando por la plaza en plena canícula, a fin de favorecer la depuración. Cuando llegó junto a Lucía, sudaba copiosamente y más que respirar jadeaba.

—Estas carreras la dejan a una como nueva —dijo—. Deberías probarlo, Lucía, querida. Pero... qué amable por tu parte el recibirme: no te preocupes, iré al grano. La fiesta isabelina,

7. *Cantar de los Cantares* 4, 16.

ya sabes. Date cuenta de que no va a ser hasta agosto. ¿No hay modo de persuadirte, como quien dice, para que estés con nosotros? Todos toditos deseamos que vengas: tu visita sería un gran estímulo para nosotros.

Lucía no tenía ninguna duda: aquella petición llevaba implícita la esperanza de que la pudieran convencer para que asumiera el ansiado papel de la reina Isabel. Así que, bajo el hechizo del exuberante sol que se derramaba sobre el jardín de Perdita, sintió la emoción y el pulso de la vida latiendo de nuevo en sus venas. La fiesta sería una oportunidad excepcional para volver al ruedo social por la puerta grande. Además, como Daisy había apuntado (muy delicadamente, hay que admitirlo, tratándose de ella), en agosto ya habría transcurrido más de un año desde la muerte de Pepino. Habría que reconocer el sacrificio personal que Daisy estaba haciendo al sugerir esa posibilidad por su cuenta, pues sabía que, según se habían dispuesto los preparativos en ese momento, Daisy adoptaría seguramente el papel de la Reina Virgen, y Georgie le había dicho a Lucía algunas semanas atrás (cuando se aludió por última vez a la fiesta) que la nueva reina estaba muy atareada pinchándose los dedos mientras se dedicaba a calar una gorguera que colocaría alrededor de su gordo cuellecillo, y que se había comprado un collar de perlas de lo más ostentoso en Woolworth.⁸ Tal vez la pobre Daisy se había dado cuenta del papel tan ridículo que haría presentándose como la reina Isabel, y estaba ansiosa, solo por el bien de la fiesta, de librarse de un papel tan risible. Pero, cualquiera que fuera la razón, era muy amable por su parte ofrecer aquella abdicación voluntaria.

8. A principios de siglo se instalaron en Inglaterra las tiendas *five-and-dime* de la cadena americana Woolworth, donde se vendían todo tipo de objetos muy baratos y de escasa calidad.

Lucía pensó que simplemente era normal que Daisy la apremiara un poco. Se le estaba rogando que sacrificara sus sentimientos personales, que con tanto pudor había hurtado a la exposición pública, y que por el bien de Riseholme impidiera que la *fiesta* se convirtiera en una *farsa*. Estaba entusiasmada ante la perspectiva de poder hacerlo, y sería suficiente con que Daisy le suplicara un poquito más. Así que suspiró de nuevo, acarició la cubierta de los poemas de Pepino, pero no tardó en contestar.

—Querida Daisy... —dijo—, no creo que pueda afrontarlo. No puedo imaginarme saliendo de mi casa envuelta en sedas y joyas para ocupar mi puesto en el desfile sin mi Pepino. Él iba a hacer de Raleigh, ¿recuerdas? Tenía que venir andando inmediatamente detrás de mí. Los saludos, los gritos, el regocijo, los madrigales, las danzas cascabeleras,⁹ ¡y yo con mi pobre corazón desolado! Pero quizá debería hacer un esfuerzo. Mi querido Pepino, lo sé, habría querido que lo hiciera. Tú también lo piensas, y yo siempre he respetado tu buen juicio.

Se produjo entonces un levísimo cambio en el rostro rubicundo y redondo de Daisy. Lucía había ido demasiado deprisa, y demasiado lejos.

—Querida mía, a ninguno de nosotros se nos habría ocurrido siquiera pedirte que hicieras de la reina Isabel —dijo Daisy Quantock—. No somos tan poco comprensivos: desde luego eso te causaría sin duda una intolerable tensión. No debes siquiera pensar en eso. Lo único que iba a sugerirte era que aceptaras el papel de la mujer de Drake. Ese personaje solo sale un momento, y me hace una reverencia... quiero decir, *a la*

9. '*Morris dances*': son unos bailes tradicionales que ejecutan grupos de hombres ataviados con indumentarias llenas de cascabeles, o con pañuelos, palos, etcétera. La voz '*morris*' deriva al parecer de '*moorish*' (morisco).

reina..., y luego se retira junto con el coro de damas de honor, y los alabarderos y todo eso.

Los penetrantes ojos de Lucía se clavaron durante un instante en el rostro nervioso de Daisy con una mirada de singular desdén. ¿Es que aquella desgraciada de Daisy estaba pensando que ella, Lucía, se avendría a aceptar participar en los cuadros dramáticos o en los desfiles o en cualquier otra cosa en Riseholme, donde había sido la REINA durante tanto tiempo *en un papel secundario*? Lucía había decidido por su cuenta y riesgo que, con algo de insistencia, aceptaría asumir el papel de la reina, y de paso hacer así su entrada triunfal de nuevo en la vida social de Riseholme, pero ni todas las súplicas del mundo la inducirían a representar a ningún otro personaje que no fuera la mismísima reina. ¿Habría alguien en este mundo que tuviera menos tacto que Daisy...?

Lucía le dedicó una sonrisa glacial, y acarició la cubierta de los poemas de Pepino.

—Qué encantador por tu parte sugerirme eso, querida... —dijo—, pero en realidad me resultaría absolutamente *insoportable*. Me equivoqué al sopesar esa idea siquiera por un momento. Desde luego, lo seguiré todo con el mayor interés, con el mayor interés, absolutamente, y estoy segura de que me comprenderás si te digo que ni siquiera me siento con fuerzas para acudir. Me conformaré con leer la crónica de la fiesta en el *Worcestershire Herald*.

Se detuvo. Quizá estaría más en consonancia con su dolorido corazón no decir nada más sobre la fiesta. Por otro lado, sentía una devoradora curiosidad por saber cómo se estaban haciendo los preparativos. Suspiró.

—Me temo que debo empezar a interesarme por las cosas del mundo otra vez —dijo—. Así que cuéntame cómo va todo, Daisy, si tienes la amabilidad.

Daisy se sintió muy aliviada al saber que incluso el papel de la mujer de Drake era demasiado para el espíritu compungido de Lucía. Ahora estaba segura de que no corría el menor riesgo de que le arrebatara el papel de reina, mucho más exigente, desde luego.

—Todo va maravillosamente —contestó—. Un buen jolgorio en la plaza para empezar, y luego madrigales y unos cuantos bailes cascabeleros. A continuación viene el teatrillo en el *Golden Hind*, que fue enteramente idea tuya, como recordarás. Nosotros solo lo hemos elaborado *un poquito*. Habrá un fuego en la popa del barco para cocinar... ¿o es en la proa?

—Depende, querida, ¿a qué extremo del barco te refieres? —preguntó Lucía.

—A la parte posterior, a la trasera. La *popa*, ¿no? En fin, que haremos un fuego en la popa para cocinar. Totalmente seguro, me dicen, si los leños se colocan sobre una plancha de hierro. Encima de la hoguera pondremos una parrilla isabelina, y asaremos un cordero.

—Yo de vosotros no lo haría —sugirió Lucía, sintiendo cómo la glamurosa emoción de aquellos planes le hacían hervir la sangre—. La mitad del cordero se quemará y el resto se quedará crudo.

—No, querida —replicó Daisy—. En realidad se asará primero en el Ambermere Arms, y luego simplemente se colocará sobre el fuego en el *Golden Hind*.

—Ah, claro. Solo para que coja un poco el tufillo del humo —dijo Lucía.

—Eso da igual. Por supuesto yo no voy a comer nada, porque ahora no pruebo carne de ningún tipo; solo fingiré comer. La escena del asado para la cena de la reina en la cubierta del *Golden Hind* se hará solo de relleno, mientras tiene lugar el desfile de la reina. Oh, me preguntaba si nos permitirías em-

pezar el desfile desde tu casa en vez de salir desde la mía... El trayecto sería mucho más largo, y además, así todo el mundo lo vería mejor. Yo vendría aquí para vestirme, si no te importa, como media hora antes.

Lucía, por supuesto, sabía perfectamente que Daisy iba a ser la reina, pero quería hacérselo decir.

—Naturalmente, salir de aquí... —dijo Lucía—. Estoy encantada de poder colaborar. Y te vestirías aquí, ¿verdad? A ver... ¿de quién decías que ibas a hacer?

—Todos se han empeñado en que yo debería ser la reina Isabel, claro —respondió Daisy apresuradamente—. ¿Dónde estábamos...? Ah, sí: cuando se esté celebrando el desfile, al mismo tiempo se estará preparando la comida. Canciones, claro: un coro de cocineros. Entonces el desfile cruzará la plaza hasta el *Golden Hind*, luego se servirá la cena, y después ordenaré caballero a Drake. Una espada preciosa. A continuación, juegos isabelinos, corribandas, brincos, peleas y todo eso. Habíamos pensado en apalear a algún oso, uno de algún zoo que nos aseguraran que no se enfadara mucho, pero al final lo hemos desechado. Si no se enfada, sería ridículo apalearlo, y si se enfada, sería peligrosísimo.¹⁰

—Muy prudente por tu parte —dijo Lucía.

—Luego me escabullo un momento al Ambermere Arms, que está bastante cerca, y me cambio, y me pongo un traje de montar. Habrá un palafrén blanco a la puerta, el que tira del carro del lechero. Ah, me olvidé de una cosa. Mientras me estoy vistiendo, antes de que llegue el palafrén, un mensajero llegará galopando desde Plymouth en un caballo cubierto de espumas

10. El hostigamiento de osos (*bear baiting*) fue un entretenimiento muy popular en el Reino Unido hasta el siglo xx. En unos recintos dispuestos al efecto (*bear gardens*) se encerraba a un oso, al que se hostigaba con perros y palos hasta la muerte.